

ERNESTO RENAN

---

# PAGINAS ESCOGIDAS

NOEMI — NERA — LA CIUDAD DE IS  
ELOGIO DE LA LENGUA FRANCESA — FIESTA DE BREHAT  
MUERTE DE MARCO AURELIO  
EXAMEN DE CONCIENCIA FILOSOFICA

Traducción de Cornelio Hispano



PUBLICADO POR J. GARCIA MONGE  
SAN JOSE DE COSTA RICA, C. A.

1921

---

IMPRESA Y LIBRERIA ALSINA, SAN JOSE C. R.

## Noemi

AUNQUE la educación religiosa y prematuramente sacerdotal que recibí haya estorbado en mí las relaciones juveniles con personas de otro sexo, tuve amiguitas de infancia, una de las cuales me dejó un profundo recuerdo. Desde la más tierna edad sentí viva afición por las niñas. Las prefería, desde luego, a los niños; éstos no me querían; mi porte retraído les irritaba. No podíamos jugar juntos y me llamaban *señorita*. No había pillería que no me hiciesen, y, al contrario, siempre la iba muy bien con las niñas de mi edad: decían ellas que era recatado y formal. Tenía doce o trece años, y no me daba cuenta del atractivo que tenían para mí. La idea vaga que me seducía parece haber sido la de que hay cosas

permitidas a los hombres que no lo son a las mujeres, no obstante que me aparecían como criaturas frágiles y bonitas, sometidas, para el gobierno de sus personas, a normas que aceptaban. Todas las que yo conocí eran encantadoramente modestas, y, en el primer despertar que se obró en mí, tuve el sentimiento como de una dulce piedad, la idea de que era menester ayudar a una resignación tan gentil, amar su pudor y secundarlo. Comprendía mi superioridad intelectual, mas, desde entonces, sentí que la mujer muy bella o muy buena resuelve completamente, por su parte, el problema que con toda nuestra superior inteligencia no hacemos sino embrollar. Somos niños o pedantes a su lado. Sólo vagamente comprendía, pero vislumbraba, sin embargo, que la belleza es un don de tal suerte excelso, que el talento, el genio, la virtud misma son nada a su lado, de modo que la mujer verdaderamente bella tiene derecho de desdeñarlo todo, puesto que reúne, no en una obra externa, sino en su misma persona, como en un vaso mirrino, todo lo que el genio difícilmente esboza con débiles rasgos, a costa de penosa reflexión.

Entre esas amiguitas, he dicho que había una que ejercía sobre mí una seducción particular. Se llamaba Noemi, y era un precioso dechado de discreción y de gracia. Sus ojos eran deliciosamente lánguidos, impregnados, a la vez, de bondad y delicadeza; sus cabellos adorablemente rubios. Tendría dos años más que yo, y su modo de hablarme era así como entre el tono de una hermana mayor y las confidencias de dos niños. Nos entendíamos a maravilla. Cuando las amiguitas reñían, nuestra opinión siempre era la misma: yo me esforzaba por apaciguar a los contendores y ella se mostraba escéptica del resultado de mis tentativas. «Ernesto, me decía, no lo conseguirás; quieres poner de acuerdo a todo el mundo». Esta infantil colaboración pacífica que nos daba cierta imperceptible superioridad sobre los demás, creó entre nosotros un vínculo dulcísimo. Todavía hoy no puedo oír cantar: *Nous n'irons plus au bois, o Il pleut, il pleut, bergère*, sin sentir un suave estremecimiento del corazón... Sin la fatal obsesión que me absorbía, sin duda, habría amado a Noemi dos o tres años después; pero, ya entonces estaba consagrado a la razón; la dialéctica religiosa

se había adueñado de todo mi sér. La nube de abstracciones que ascendía hasta mi cabeza me trastornaba hasta el punto de hacerme como ausente e indiferente a todo lo demás.

También un defecto singular, que más de una vez en la vida debía perjudicarme, estorbó este afecto naciente haciéndolo desviar. Mi indecisión es causa de que me deje fácilmente arrastrar a situaciones contradictorias, cuyo nudo no sé desatar. Este rasgo de mi carácter se complicó, en tal coyuntura, con otra modalidad que me ha hecho cometer tantas inconsecuencias como el peor de los defectos. Había, entre las niñas, una mucho menos bella que Noemi, buena y amable, sin duda, pero menos agasajada, menos solicitada. Ella me buscaba quizá más que Noemi, y no disimulaba ciertos celos. Causar disgusto a quien quiera, sea el que fuere, ha sido siempre cosa imposible para mí. Vagamente imaginaba que la mujer que no es muy bonita es desgraciada y debe devorar su pena interiormente, como si se hubiera malogrado. Yo andaba con la menos cortejada más que con Noemi, porque la veía triste, dejando así bifucarse mi primer amor, como años después

inhábilmente dejé bifucarse mi política. Una o dos veces vi a Noemi sonreír de mi ingenuidad. Siempre fué cariñosa conmigo, pero tenía, a veces, cierto gesto irónico que no disimulaba y que me la hacía aún más encantadora.

La lucha que llenó después toda mi adolescencia, casi me la hizo olvidar. Más tarde, su imagen se me ha aparecida a menudo. Un día pregunté a mi madre qué fin había tenido:

«Murió, me contestó, murió de tristeza. Era pobre. Cuando perdió a sus padres, su tía, una dignísima señora dueña de la fonda de... la casa más honrada del mundo, la tomó a su cargo. Ella se portó muy bien. Tú sólo la conociste niña, ya bonita, es cierto, pero, a los veintidós años, era un milagro. Sus cabellos, que en vano recogía bajo una pesada cofia, le caían en retorcidas y gruesas trenzas como gavillas maduras. Hacía todo lo posible por ocultar su belleza, y así su talle esbelto lo disimulaba con un manto, sus manos largas y blancas las guardaba siempre entre mitones, y con todo eso se formaban en la iglesia grupos de jóvenes para verla orar. Era

demasiado hermosa para nuestra aldea, y era tan buena como bella».

Este relato me conmovió hondamente. Después la he recordado mucho más, y, cuando Dios me dió una hija, la llamé Noemi.

## Nera

**H**ABIÉNDOME obligado los achaques de la vejez a buscar, hace algunos años, una morada de estío, cerca de los lugares donde pasé mi infancia, quise volver a ver el cementerio de... donde, según informes verídicos, supe que había sido enterrada Noemi, mi inolvidable amiguita de la infancia. ¡No encontré su nombre! Una piedra funeral evidentemente fué un lujo muy caro para ella; sólo le pusieron una cruz de madera, y la cruz de madera se pudre y cae en pedazos con el nombre del difunto, y los muertos, cuya memoria sólo esos frágiles signos guardan, muy pronto no existe sino en el recuerdo de Dios.

Dada la realidad de las cosas, ese recuerdo es, en verdad, el único que vale. La memoria de los hombres, además de que es corta, es la inexactitud misma. Tengo el honor de ser

miembro de la comisión de la Historia literaria de Francia, en la Academia de las inscripciones y bellas letras. Si se supiera cuántos errores tenemos que corregir en cada una de nuestras sesiones, todo el mundo se volvería incrédulo respecto de lo que se dice y se narra. El juicio final, si suponemos que el Eterno tolere el interrogatorio de los testigos, será un laberinto de iniquidades. Un incidente me hizo ver con luz deslumbradora esta incurable debilidad de las opiniones humanas.

Hé aquí lo que me respondió una persona que sabía debía estar muy bien informada, cuando le pedí algunos detalles sobre mi amigueta: «Sí, es cierto, era muy bonita; pero se extravió; no la busquéis aquí. Se fué con un tal... que la sedujo y que después la abandonó. La pobre terminó en las calles de París». La persona a quien interrogué agregó diferentes y muy precisos pormenores que parecían no dejar duda alguna sobre la verdad de sus aserciones.

El horror de un sacerdote que viera caer su santo sacramento en el barro no sería nada al lado del sentimiento que experimenté en aquel momento. La idea de que mi amigueta, que

me había abierto el paraíso del ideal cuando yo tenía doce años, hubiera sido hasta tal punto profanada, me llenó de indignación. Aún estaba en mis oídos lo que mi madre me refirió de su piadosa muerte. Nada respondí a mi interlocutor, pero me senté bajo una vieja encina, en un rincón del cementerio, frente al mar. Evoqué mis recuerdos y muy pronto la verdad deslumbróme. Cotejando algunas particularidades de la conversación que acababa de tener, vi aparecer ante mí una equivocación clara como el día. En efecto, Noemi tenía una amiguita que a menudo jugaba con nosotros y que sólo en la belleza se le asemejaba, una belleza que venía del diablo así como la suya venía de Dios. La llamaré Nera. Aunque hija de una madre muy casta, Nera, desde de su infancia, tuvo todos los indicios de una muchacha alegre. Perdió a su madre muy pronto, y mi abuela la recogió, pero, consagrada del todo a cuidarla, fué con Nera débil en extremo. No advertía su mala conducta, y cuando mi hermana Henriqueta iba a pasar algunas semanas en casa de mi abuela, a quien amaba mucho, sufría siempre una perpetua opresión del corazón. Nera la ator-

mentaba, se burlaba de su seriedad, dándole a entender que siendo menos bonita, sólo estaba buena para servirla. Mi hermana, excesivamente discreta, sufría sin decir nada. Una tarde, al regresar de la iglesia, en el fondo de un corredor sombrío que conducía al apartamento que habitaba mi abuela, recibí, lanzando un grito, un beso que no era para ella. En fin, la pobre Nera terminó de la manera más triste. Un día, en la calle del *Val-de-Grace*, Henriqueta y yo recibimos su visita. Aunque abatida, demostraba rencor. Henriqueta olvidó sus repugnancias e hizo todo lo que le fué posible por salvarla; mas, esa bondad, irritaba a la infeliz. Detrás de la benefactora, veía a la niña de cuya virtud se había burlado. Deberlo todo a su víctima de otro tiempo le parecía peor que el hambre. Al cabo de algunos días cambió de dirección, y perdimos completamente sus huellas.

Por razonamientos indubitables, vine a persuadirme de que una horrible confusión había de por medio, y que, en la memoria de las tres o cuatro personas que aún podían tener frescos recuerdos de ese pasado, al recuerdo de Noemi se había sustituido el de Nera. Hé

aquí a lo que quedaría reducida la recompensa de la virtud si sólo dependiera de los hombres. Un quid pro quo echa a cuestras de una mujer virtuosa el fardo de una culpable. A decir verdad, esto no tiene trascendencia, porque, dentro de algunos años, las tres o cuatro personas que se acuerdan de Noemi, y yo con ellas, habremos desaparecido, y todo entonces quedará sepultado en el olvido, monstruo disforme que devora diariamente, ¡oh cielos! tantos otros errores.

Pero yo debía protestar por amor a la verdad pura. Juro ante Dios, en nombre de mis recuerdos más firmes y más precisos, en nombre de hechos y de razonamientos que me dan la certidumbre absoluta, que se ha cometido un error, que la versión de mi madre es la verdadera, que mi amiguita murió exclusivamente porque la naturaleza se equivocó con ella habiéndola hecho, a la vez, bella, pobre y buena; como lo he dicho, murió de virtud. Iban a verla rezar a la iglesia, pero eso era todo, y en su sangre estaba ser esposa fiel y madre excelente o morir. Fué Nera la que dió el oído a malos consejos y siguió la ruta de la locura. Adjuro al Eterno de advertir esta con-

fusión, si llega a pasar al gran libro que, se dice, será presentado el día de la justicia. Yo me levantaré, si es preciso, en el Valle de Josafat, para protestar contra tal monstruosidad. Quiero que mi amiguita esté en el cielo, pero, demás está decirlo, no me opondría a que el Eterno, en su infinita indulgencia, perdone, si le place, a la pobre Nera.

## La ciudad de Is

Una de las leyendas familiares  
en Bretaña es aquella de una antigua  
ciudad de Is tragada por los mares.  
Aun se muestra, en parajes escarpados  
de la costa, su sitio fabuloso,  
y los sencillos pescadores narran,  
de la triste ciudad, cuentos dorados.

En días tempestuosos, se divisan,  
bajo las bravas ondas, las veletas  
de sus iglesias, y, en serenas tardes,  
de brisas perfumadas y secretas,  
se oye salir del piélago profundo,  
con dejo de piadosa melodía,  
el son de sus campanas que modulan  
el himno melancólico del día.

Siento que, en los abismos insondables  
del corazón, yo tengo también una

ciudad de Is, lejana y fabulosa,  
cuyos santuarios sepultados luchan  
por renovar sus ritos inefables,  
y cuyas melancólicas campanas  
aun repican llamando a los oficios  
a fieles de otra edad que ya no escuchan.

Absorto, a veces, pongo atento oído  
a sus dulces plegarias que parecen  
salir también de un piélago profundo,  
o de las soledades infinitas,  
cual trémulos clamores de otro mundo,  
y amo, ya en mi vejez, a la partida  
del verano, escuchar aquellas voces  
de una remota Atlántida perdida.

*A bordo del «Pérou», marzo, MCMXII.*

## Elogio de la lengua francesa

LA conservación, la difusión de la lengua francesa importan al orden general de la civilización. Algo esencial faltaría al mundo el día en que esta grande antorcha, clara y chispeante, dejara de brillar. La humanidad se apocaría si ese maravilloso instrumento de civilización desapareciera o se aminorara.

¡Cuántas cosas eternamente buenas y verdaderas han sido pronunciadas por primera vez en francés, acuñadas en francés, presentadas en francés, en el mundo!

¡Cuántas ideas liberales y justas encontraron, en el acto, en francés, su fórmula, su verdadera definición! ¡Cuántas cosas buenas y bellas ha dicho nuestra lengua, desde sus balbuceos del siglo XII hasta nuestros días! La abolición de la esclavitud, los derechos del

hombre, la igualdad, la libertad, fueron, por primera vez, proclamados en francés.

Fué en Inglaterra, pero en lengua francesa, donde sonó, en el siglo XII, este primer toque a la igualdad, en boca del paisano:

*Nous sommes hommes comme ils sont,—Tous membres avons comme ils ont,—Et tout aussi grand corps avons,—Et tout autant souffrir pouvons;—Ne nous faut fors coeur seulement.*

Es algo brutal, pero la igualdad lo es a veces. Mas, ¿queréis una expresión no menos altiva de la libertad? He aquí como se expresaba el Rey de Francia en 1315. Esto fué escrito en latín, pero sin duda pensado en francés:

«Como, según el derecho de la naturaleza, todos deben nacer francos... nosotros, considerando que nuestro Reino es llamado el reino de los Francos, y deseando que la cosa concuerde con el nombre, hemos ordenado y ordenamos... etc.»

Este bello preámbulo sirve, al parecer, en el edicto de 1315, de prefacio a medidas fiscales; pero no importa; el principio era bueno, y no hay que lamentar si los buenos principios cuestan caro.

Veamos ahora un Obispo, consejero íntimo de Carlos V, quien, hacia la mitad del siglo XIV, preludia el 1789:

*«Oncques la très noble sequelle des rois de France n'apprit a tyranniser, et aussi le peuple gallican ne s'accoutume pas a sujétion servile, et pour ce, si la royale sequelle de France délinque de sa première vertu, sans nul doute elle perdra son royaume, et sera translaté en d'autres mains».*

Esto es altivez, ¿no es cierto? Era un Obispo de Lisieux quien hablaba así; en otros tiempos hubiera podido ser Obispo de Autun y celebrar, en el Campo de Marte, la misa de la Libertad sobre el altar de la Patria.

No acabaría si quisiera enumerar, siglo tras siglo, las frases útiles a la humanidad que han florecido en nuestra amada lengua. Es ciertamente una lengua liberal: ha sido buena para el débil, para el pobre, agreguemos que también para el hombre inteligente, para el hombre espiritual.

Se puede abusar de todo. Los más nobles pendones pueden ser arrastrados por el cieno; pero el peor error que puede cometerse es el de rechazar ciertas verdades porque se ha

abusado de ellas o porque se han tornado triviales. Trivial!... Nó, verdaderas; es el mayor elogio que puede hacerse de una idea decir que se ha vuelto trivial. *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Esto es francés y esto le dará la vuelta al mundo. Uno de mis amigos de Oriente causó casi una revolución religiosa en ciertas regiones de Persia con esas tres palabras. Los doctores de Kerbela decidieron que eso era más bello que el Corán y que para hallar esas tres palabras se había necesitado una revelación divina. Un encantador compañero de viaje que tuve en Siria (séame permitido nombrarlo: el señor Lockroy) alcanzaba en el Líbano éxitos inauditos de todas clases cuando cantaba la Marsellesa. Esas buenas gentes comprendían por instinto. Dondequiera que vaya el francés, la Revolución irá a la grupa tras él.

Digo que el francés ha sido una lengua benéfica para la humanidad; también ha sido amable. Ah, cuántas dulces cosas se han dicho en francés! No hay idioma del cual puedan sacarse más lindas frases. Qué de sentimientos finos y exquisitos hallaron su expresión en este armonioso instrumento cuyo timbre, Bru-

netto Latini, en el siglo XIII, encontraba ya tan delicioso! Se ha discutido en qué lengua estaba escrito el *Lancelot* que leía Francisca de Rímini. Sobre ello no tengo yo duda: estaba escrito en francés, y mis sabios colegas Gaston París y Paul Meyer dirán si tengo razón.

Y esta lengua que tan encantadoras cosas ha dicho, qué dirá en el porvenir? Sería menester ser profeta para saberlo. Dirá cosas muy diversas, pero siempre liberales. El francés jamás será el idioma del absurdo; tampoco será nunca una lengua reaccionaria. No puedo concebir una seria reacción que tenga por órgano el francés. Este buen pueblo galicano, como dijo Oresme, no se comprometerá nunca en tal sentido. Ved al señor de Maistre, al señor de Chateaubriand; qué poco me aterraían tales inquisidores! Y el señor de Montalembert!... Nada, absolutamente. El señor de Falloux!... Esto es más serio. La cuestión está en saber si el reaccionario tiene talento. Si lo tiene, se reprime pronto. Yo no temo sino al reaccionario sin talento; pero éste no habla francés y para nada tenemos que ocuparnos de él.

Un hecho muy significativo, ciertamente, es

el sentimiento general de los partidos retrógrados, en el mundo entero, hacia el francés. Le tienen miedo, se atrincheran contra él. Se diría que esta lengua lleva la peste consigo, la peste según los reaccionarios, se entiende. Adelante, adelante, siempre! Pobre Francia! Aun tendrá su hora. ¿Quién sabe si las proposiciones de paz y de libertad que sacarán a Europa del horroroso estado de odio y de preparativos militares en que se encuentra serán formuladas en francés?

He aquí porque el francés puede rigurosamente llamarse un idioma clásico, un instrumento de cultura y de civilización para todos. Esta lengua nos mejora, es una escuela; tiene naturalidad, sencillez; sabe sonreír, lleva consigo un amable escepticismo mezclado de bondad (sin bondad el escepticismo es pésimo). El fanatismo es imposible en francés. Me inspira horror el fanatismo, lo confieso, sobre todo el fanatismo musulmán; pues bien, esa gran calamidad terminará debido al francés. Nunca un mahometano que sepa el francés será peligroso. Es un idioma excelente para dudar, y la duda será, quizá, en el porvenir, una cosa muy necesaria. ¿Concebís a Montaigne-

ne, Pascal, Moliere, Voltaire, en otra lengua que en francés? Ah! ¡Cuanta alegría se iría de este mundo el día que el francés se fuera! ¡Guardémoslo, guardémoslo!

Al lado de las razas fanáticas, hay las razas tristes. Enseñemos también a éstas el francés. Pienso ahora, especialmente, en nuestros desgraciados hermanos, los eslavos. Tanto han sufrido durante siglos, que es menester, ante todo, impedirles que amen la nada. El francés y el vino de Francia podrían desempeñar con ellos un papel humanitario. El francés regocija; sus locuciones favoritas implican un sentimiento alegre de la vida, la idea de que en el fondo nada es muy serio y que se puede penetrar en las intenciones del Eterno con un poco de ironía. La grande inferioridad del bárbaro, del oriental, sobre todo, consiste en que no sabe sonreír. Enseñemos a todas las naciones a reír en francés. Es la cosa más filosófica y más sana. Las canciones francesas también son buenas. Yo renequé en otro tiempo del dios de los humildes. Dios mío, cuán errado andaba! Es un dios bueno, que nunca ha hecho mal. ¿No se ha dicho que Dios gusta más de las blasfemias

del soldado francés que de las oraciones de tal o cual secta puritana? Por la alegría puede uno penetrar en los designios más profundos de la Providencia. Buena política es la de trabajar para hacer alegres a los hombres; es el único medio de impedirles que sean perversos.

Nuestra raza gala ha tenido siempre, por este aspecto, una gran superioridad. Pienso, a menudo, en que durante esa sombría primera mitad de la Edad Media, en que todo goce de la realidad pareció perdido, el paisano burguiñón o aquitano continuó bebiendo su vino y cantando sus alegres canciones sin preocuparse del vasto sueño sobrenatural que seducía al resto del mundo. No contradecía la creencia general, pero no se dejaba asfixiar por ella. Lo que más me gusta de Gregorio de Tours es el relato del modo como los burgueses de Orleans atrajeron a Gontran a venir a probar con ellos las delicias de la vida ciudadana. Gontran comprendió, al cabo de algunos días, que ese género de vida era muy superior a las melancolías profundas de la vida bárbara. Aquel buen Caribert, rey de París, también fué encantado del mismo

modo. Murió joven por haber amado demasiado a las parisienses de su tiempo. Nuestra lengua, nuestras costumbres, nuestros vinos, nuestras canciones han ejercido siempre en el mundo un apostolado de buen humor y de humanidad.

Por lo demás, nuestra lengua jamás se ha defendido, y es una de las glorias de Francia que nunca ha violentado la conciencia lingüística de nadie. Jamás ha tomado una medida coercitiva en asunto de lenguas. El idioma, en cierto modo, es una religión. Perseguir a alguno por su lengua es lo mismo que perseguirlo por su religión. Pero si nos está prohibida la propaganda brutal que consiste en perseguir a alguno por su idioma, en cambio, nos es permitida la propaganda simpática.

Amo a esos viejos canadienses que caminan cien leguas a caballo para oír hablar francés. Amo a esos heroicos religiosos que mantienen, en medio de la barbarie, una tradición de honradez, de rectitud, de cordialidad. Gracias a esos procedimientos excelentes no sólo se aprenderá el francés: se le amará. Para esas pobres razas desheredadas, todas las cosas buenas vienen con él; él es el mensajero de

todas las buenas nuevas: la libertad, la justicia, la alegría de vivir, y, al día en que aprendieron francés, vinculan el principio de todos sus goces.

Y que no se objete que el francés es una lengua aristocrática, de una cultura demasiado refinada para el bárbaro; mas un encaje que una tela burda casera. No importa, tanto mejor. Las cosas populares son, casi todas, las más aristocráticas. El latín, la lengua que más bárbaros ha conquistado, es la lengua de los poetas infinitamente delicados, casi decadentes, como se dice hoy. En cuestión de lengua, importa el número. Para que algunos hablen bien, es necesario que muchos hablen mal. Además, el bárbaro pertenece al primero que lo coge y la simiente que se les arroja fructifica por los siglos. ¡Vivan los bárbaros; por ellos vivimos y nos perpetuamos!

Llegará, sobre todo, un día en que el francés será muy necesario: el día del valle de Josafat. Prolonguemos la vida del francés hasta el juicio final, porque, afirmo que si ese día se habla alemán, habrá confusiones y errores sin número. Todos los descubrimientos, por ejemplo, aparecerán como obras de

alemanes. ¡Que no se hable alemán en el valle de Josafat! Y a propósito: mi sabio colega, el señor Gaston París, me ha comunicado ayer un pasaje de un poeta de la Champaña, del siglo XII, que debe estimularnos. Según ese autor, el francés es la lengua de Dios mismo:

«C'est cil Dieus entent ancois,  
Qu'il le fist et bel et légier».

He aquí, en verdad, un bello privilegio. En cuanto a mí, deseo que se confirme, y diré por qué, divulgando el secreto de un sueño mío muy frecuente. Recibo tantas cartas que me anuncian la condenación eterna, que he terminado por prepararme. Puedo no estar en lo cierto, pero la verdad es que prefiero el infierno a la nada. Estoy persuadido de que lograré sacar partido de la situación y, si no ha de intervenir sino el buen Dios, creo que le conmoveré. Hay teólogos que admiten la mitigación de las penas de los condenados. Pues bien, en mis insomnios, me distraigo componiendo alegatos y memoriales que supongo dirigidos al Eterno, desde las profundidades infernales. Casi siempre trato de probarle que es él, hasta cierto punto, responsable de nues-

tra perdición, y que hay muchas cosas que debió presentarnos con más claridad. Entre esos alegatos hay muchos muy graciosos que creo harán sonreír a Dios. Pero es claro que perderían toda su sal si me viera obligado a traducirlos al alemán. Que los cultivadores y propagandistas de nuestra lengua me amparen de esa desgracia; fío en ellos para que el francés sea el idioma eterno; sin lo cual estaría perdido.

## Fiesta de Bréhat

El 11 de setiembre de 1891, viejos coterreños de Renán lo invitaron a visitar la bella isla de Bréhat, sobre las costas de Bretaña, en el mar de Armórica, donde él pasó su infancia. Fué una fiesta encantadora en la cual el anciano Maestro, casi en vísperas de su muerte, y en medio de sus parientes y amigos más queridos, pronunció este delicioso discurso:

**Q**UÉ placer para mí, señores, el de volver a ver a Bréhat en tan buena y agradable compañía! Casi sesenta años hace que ví por la primera vez esta nuestra amada isla. Mi tía Perina, la hermana de mi padre, tan jovial, tan alegre, vivía allá, en Noder-Gall. Las familias Ollivier, Guyomar, Barach, Petibon, y, también el cura de entonces, me ofrecían sus bondades a manos llenas. Diez años después, el cura ya no me comprendía. Me veía

leer todo el día, y no acertaba a saber adonde me conducirían esas lecturas. En aquel tiempo vuestra isla era encantadora, y lo que acabo de ver ahora me prueba que no ha perdido nada de su encanto. Las costumbres eran de una extrema civilidad; era una verdadera isla de los Feacios. Casi no había sino mujeres en la isla, porque los hombres estaban siempre en el mar, lo que había creado hábitos de vida enteramente amables. La limpieza era exquisita; cada casa era un pequeño museo, porque los maridos consideraban como un honor traer a su hogar las curiosidades de los países lejanos. Marineros distinguidos se enamoraban de la isla y venían a morir aquí.

Cada año yo venía también con mi madre a ver a mi tía Perina, que me quería mucho porque decía que yo era el retrato de mi padre. Aquí forjé, sobre vuestras rocas, en vuestras veredas, muchos planes, soñé muchos sueños, de los cuales sólo he realizado un tercio o un cuarto. Es mucho, me considero feliz y me cuento entre los privilegiados de la vida. Antiguamente yo era más triste que ahora porque temía morir joven (desgracia que ya no me sucederá) y no poder echar afuera lo que

albergaba mi espíritu Oh! realmente, si yo viviera aún muchos años, tendría para rato; tengo proyectos de trabajos para tres o cuatro vidas. Yo quisiera escribir una historia de la Revolución francesa de una manera que aparecería como un acceso de fiebre grandiosa, extraña, horrible y sublime, un acto fundamental. Yo quisiera componer una historia de Atenas casi día por día, una historia de la ciencia y del libre pensamiento, narrativa del modo como el hombre llegó a vislumbrar algo de las causas del mundo. Yo quisiera escribir una historia de Bretaña en seis volúmenes. Yo quisiera aprender el chino y repasar con hondo sentido crítico todas las cuestiones relativas a la historia y a la literatura chinas, etc. Nada de eso haré ya, pero, después de todo, otros lo harán mejor que yo. He terminado lo que más me interesaba, y quizá me restan algunos años para divertirme un poco. A veces, sueño, como muy feliz, con un período como de cuasi aletargamiento, en que, después de renunciar mi puesto en la Academia de inscripciones y bellas letras, sólo leería novelas, novelas modernas, la novela del día. En fin, me siento feliz por haber conservado energías para dar

cima a trabajos muy difíciles. Hay una multitud de cosas que yo hubiera querido saber y que yo no sabré nunca. Mas, ¿a qué reprochar a la Naturaleza lo que nos ha esquivado? Antes bien, estémosle agradecidos por lo que nos dispensó. Yo he pasado por el mundo en un momento interesante de su desarrollo, y después de todo, lo he observado bien. Después de mí la humanidad hará cosas sorprendentes; puedo, pues, reposar contento por toda la eternidad.

En verdad, si he conservado la alegría, el sentimiento del deber, el vivo gusto de las cosas, lo atribuyo a la gran bondad que siempre he hallado en torno mío. Desde mi cuna, fuí rodeado de personas excelentes. Nuestra familia, nuestros amigos me tenían un gran cariño; fuí muy amado de mis maestros, pero aquí me detengo... mis antiguos maestros, hombres de bien, algo obtusos, no quieren que yo los nombre y se incomodan cuando les expreso mi gratitud. Lo haré, no obstante, y guardaré hasta el fin la fe, la certidumbre, la ilusión, si se quiere, de que la vida es un dulce fruto. Los que la comparan a la rosa de Jericó, que, al frotarla, se encuentra llena de ceniza, atribuyen su propia falta a la Naturaleza.

A qué ajarla; una rosa se abre para ser sentida, mirada, admirada, no para ser estrujada. Los obispos, y también los curas, me injurian, a veces, y no tienen razón. A menos que los tiempos cambien, no pueden hacerme gran mal, y, después de todo, el mal que la iglesia pueda hacerme es nada en comparación del bien que me ha hecho. Nosotros, los liberales, no pedimos sino una cosa: la libertad para cada cual de edificar a su gusto su novela del infinito. Todo lo que se balbuce en tal punto es poco más o menos lo mismo, y se resume diciendo que, de lo que hay más allá de nuestro pobre mundo, no sabemos nada. Gracias a Dios!... no creo que el pesimismo florezca jamás en Bretaña. Nuestra vida, nuestro escenario son algo chicos, pero amables. En cuanto a mí, he conservado el gusto por la vida, que es una bella aventura, y sólo pediría volver a vivirla.

Hay a algunas leguas de aquí, un bello país, el país de Goëlo (la antigua *Golovia*), donde aun vivían, hace cincuenta años, innumerables Renanes. Eran gentes pobres, de buena raza, tenaces, sanas, fuertes. Ah! si hubiesen sido ricas, letradas, yo no pertenecería a este

mundo. Esos rústicos no me legaron fortuna, pero me dieron contento que vale más que riqueza, me transmitieron sus viejas economías de vida; yo pienso por ellos, me salvé por su pobreza, por su rusticidad, por su ignorancia. A veces esto me hace concebir dudas sobre la necesidad de la instrucción primaria obligatoria, pero esas dudas las rechazo al punto. El acervo de ignorancia, o más bien de conciencia adormilada, necesario para la conservación de la humanidad, se defenderá por sí mismo. La ignorancia, la mala hierba, no necesita cultivo, sólo que la mala hierba tiene algo bueno también: es el césped que entapiza el mundo y lo mantiene siempre verde.

Gracias, pues, amigos míos, por la buena idea que habéis tenido de invitarme a esta fiesta que me dejará un delicioso recuerdo. Gracias, querido señor Dayot, por vuestra iniciativa que ha agrupado aquí todo cuanto tiene de esclarecido y liberal el departamento de las Costas del Norte. Gracias, señor Alcalde, por haber organizado con esmero esta fiesta y por haberme reunido con personas de mi familia que tan cerca están de mi corazón. Desde aquí voy a tomar ánimo para emprender

una nueva campaña; decidlo a nuestros colegas, decidlo a los candidatos, mi querido Perrot. Voy a vivir ochenta años. Sólo un dato he logrado recoger sobre mi abuelo (nuestro abuelo común, querida María) que habitaba en Tréguier, cerca del muelle, abajo de la calle de los Matarifes, una casa que sólo tiene una ventana. Repito que nada sé de él, sino que era muy honrado, que vivió ochenta años y que estuvo veinte sin salir de su casa. Os aseguro que nunca se aburrió. No sé si será esta una risueña perspectiva, ni si debo felicitar-me por la parte que, en cuanto a nuestra constitución, se atribuye al atavismo, pero convengamos en que me daría espacio para leer muchas novelas. Lo cierto es, señoras y señores, que me habéis proporcionado hoy un día encantador. Qué lástima que Loti no sea de los nuestros! No ha podido venir este año, pero prometámonos que el año próximo le daremos aquí o en Paimpol un almuerzo tan alegre como éste.

Yo bebo por la prosperidad de nuestra amada isla de Bréhat y por su porvenir.

## Muerte de Marco Aurelio

**E**L 5 de agosto, año 178, el santo emperador dejó a Roma para regresar, con Cómodo, a esas interminables guerras del Danubio, que quería coronar con la formación de provincias fronterizas sólidamente constituidas. Los éxitos fueron brillantes. Unos meses más y hubiérase dado fin a la empresa militar más importante del siglo II. Desgraciadamente el emperador se encontraba muy débil. Sólo comía cuando tenía que arengar a los soldados. Viena, sobre el Danubio, era, al parecer, el cuartel general del ejército. Una enfermedad contagiosa reinaba en el país y dieztaba las legiones.

El 10 de marzo, año 180, el emperador cayó enfermo. En el acto saludó a la muerte como a la bienvenida, se abstuvo de todo alimento

y de toda bebida y sólo habló y obró en lo sucesivo como desde el borde de la tumba. Hizo llamar a Cómodo y le suplicó terminara la guerra para no aparecer como traidor al Estado con una marcha precipitada. El sexto día de su enfermedad, llamó a sus amigos y les habló en el tono que le era habitual, es decir, con una ligera ironía, de la absoluta vanidad de las cosas y del poco caso que se debe hacer de la muerte. Sus amigos derramaban abundantes lágrimas: «¿A qué llorar por mí? les dijo; pensad en salvar el ejército; no hago más que precederos; adiós!» Quisieron saber a quién recomendaba a su hijo: «A vosotros, contestó, si es digno, y a los dioses inmortales». El ejército estaba inconsolable porque adoraba a Marco Aurelio y comprendía bien en qué abismo de males iba a caer después de su muerte. El emperador tuvo aún fuerzas para presentar a Cómodo a los soldados. Su arte de conservar la tranquilidad, en medio de los mayores dolores, le hacía mostrar, en momento tan cruel, su rostro sereno.

El séptimo día sintió acercarse su fin. Ya no recibió sino a su hijo, y le despidió a pocos momentos por temor de contagiario de su mal.

Tal vez no fué sino un pretexto para librarse de su odiosa presencia. Luego se cubrió la cabeza como para dormir, y la noche siguiente rindió su alma.

Su cuerpo fué llevado a Roma y enterrado en el mausoleo de Adriano. La efusión de la piedad popular fué conmovedora, pues tan hondo era el afecto que se le tenía que nunca se le llamaba por su nombre o sus títulos. Cada cual, según su edad, lo llamaba «Marco, mi padre, Marco, mi hermano, Marco, mi hijo». El día de sus exequias, casi nadie vertió lágrimas, ciertos como estaban todos de que él no había hecho más que volver al seno de los dioses, que lo habían prestado un momento a la tierra. Durante la misma ceremonia de los funerales, le proclamaron «dios propicio» con una espontaneidad sin ejemplo. Fué declarado sacrílego todo aquel que no tuviera su imagen en su casa, y no pasó con este culto lo que con tantas otras apoteosis efímeras: cien años después la estatua de Marco Aurelio se veía en gran número de lararios, entre los dioses penates. El emperador Diocleciano tenía por él un culto aparte. El nombre de Antonino fué sagrado en lo sucesivo. Vino a ser

como el de César y de Augusto, una especie de atributo del Imperio, un signo de la soberanía humana y civil. El *numen Antoninum* fué como el astro bienhechor de ese imperio cuyo programa admirable quedó, para el siglo siguiente, como un reproche, una esperanza, un dolor. Se vieron almas, tan poco poéticas como la de Septimio Severo, soñando con él, como con un cielo perdido. Aun Constantino se inclinó ante esa divinidad clemente y quiso que la estatua de oro de los Antoninos se contase entre las de los antepasados y de los tutores de su poder, fundado, sin embargo, bajo otros auspicios.

Jamás culto alguno fué más legítimo, y aun hoy es el nuestro. En verdad, todos cuantos somos llevamos en el corazón el duelo de Marco Aurelio, como si hubiera muerto ayer. Con él reinó la filosofía; y gracias a él, durante un momento el mundo ha sido gobernado por el hombre más bueno y más grande de su siglo. Importa que esta experiencia haya sido hecha; ¿lo será una segunda vez? ¿La filosofía moderna, como la filosofía antigua, logrará reinar a su turno? ¿Tendrá también su Marco Aurelio, rodeado de Frontones y de Junios Rústi-

cos? ¿El gobierno de las cosas humanas pertenecerá una vez más a los más sabios? Qué importa, si ese reinado será de un día, y el de los locos le sucederá, sin duda, una vez más! Habituada a contemplar con ojo sonriente el eterno miraje de las ilusiones humanas, la filosofía moderna sabe la ley de los arrebatos pasajeros de la opinión; pero sería curioso averiguar lo que producirían esos principios si llegasen al poder; sería placentero construir *a priori* el Marco Aurelio de los tiempos modernos y observar qué conjunción de fuerza y de debilidad crearía, en una alma de elección llamada a más amplia acción, el género de reflexión particular a nuestra edad. Gustaríamos ver cómo la crítica podría aliarse a la más alta virtud y al ardor más vivo por el bien, qué actitud asumiría un pensador de esa escuela ante los problemas sociales del siglo XIX, en virtud de qué arte lograría orillarlos, adormecerlos, eludirlos o resolverlos. Lo único cierto es que el hombre llamado a gobernar a sus semejantes deberá siempre meditar sobre el exquisito modelo del soberano que Roma ofreció en sus mejores días. Y si es verdad que pueda ser posible superarlo en ciertas partes de la ciencia

del gobierno, que sólo han sido conocidas en los tiempos modernos, también lo es que el hijo de Annio Vero quedará para siempre inimitable por su fuerza de espíritu, su resignación, su acabada nobleza y la perfección de su bondad.

El día de la muerte de Marco Aurelio puede tomarse como el momento supremo en que se decidió la ruina de la vieja civilización. En filosofía, el gran emperador colocó tan alto el ideal de la virtud que nadie trataría de seguirlo; en política, a causa de no haber separado tan profundamente como era menester, los deberes del padre de los del César, reabrió, sin quererlo, la éra de los tiranos y de la anarquía; en religión, por haberse adherido exageradamente a una religión de Estado, cuya debilidad comprendía, preparó el triunfo violento del culto no oficial, y dejó diseñarse sobre su memoria un reproche injusto, es verdad, pero del cual ni aun la sombra debería encontrarse en una vida tan pura. En todo, excepto en las leyes, el decaimiento era sensible. Veinte años de bondad habían relajado la administración y estimulado los abusos. Cierta reacción en el sentido de las ideas de Ovidio Cassio era necesaria; lejos de eso, sobrevino

un total desmoronamiento. Horrible decepción para los hombres de bien! Tanta virtud, tanto amor que no habían de dar más fruto que poner el mundo en las manos de un estrangulador de fieras, de un gladiador! Después de tan bella aparición de un mundo elisiano sobre la tierra, volver a caer en el infierno de los Césares que se creía cerrado para siempre! Se perdió entonces la fe en el bien; después de Calígula, después de Nerón, después de Domiciano se podía esperar aún; las pruebas no habían sido decisivas. Es ahora, después del mayor esfuerzo de racionalismo gubernamental, después de ochenta y cuatro años de un régimen excelente, después de Nerva, Trajano, Adriano, Antonino, Marco Aurelio, cuando el reino del mal comienza de nuevo, peor que nunca. Adiós, virtud; adiós, razón. Si Marco Aurelio no pudo salvar el mundo, ¿quién lo salvará? Ahora, vivan los locos! ¡viva el absurdo! ¡vivan el Sirio y sus dioses equívocos! Los médicos serios nada pudieron hacer; el enfermo está peor que nunca. Que vengan los empíricos; ellos a menudo saben más que los sabios lo que necesita el pueblo.

# Examen de conciencia filosófica<sup>(1)</sup>

## III

Los dos dogmas fundamentales de la religión, Dios y la inmortalidad, quedan así racionalmente indemostrables, pero no puede decirse que sean de imposibilidad absoluta. Los conmovedores esfuerzos de la humanidad para salvar esos dogmas no deben considerarse como pura quimera. Una conciencia general del universo, un alma del mundo, son cosas que la experiencia jamás ha probado, pero una molécula de uno de nuestros huesos no duda tampoco de la conciencia general del cuerpo de que hace parte, de lo que constituye nuestra unidad.

---

(1) Escrito en setiembre de 1888. (*Feuilles détachées*).

La actitud más lógica del pensador ante la religión es proceder como si fuera verdadera. Es preciso obrar como si Dios y el alma existieran. La religión queda así en el mismo caso de esas numerosas hipótesis tales como el éter, los flúidos eléctricos, luminosos, calóricos, nerviosos, el átomo mismo, que sabemos son simples símbolos, cómodos medios para explicarse los fenómenos. Dios creando el mundo en virtud de profundos cálculos es una fórmula muy grosera, pero las cosas pasan casi como si esto hubiera sucedido. El alma no existe como sustancia aparte, pero las cosas pasan casi como si existiera. Nada ha sido revelado jamás a ninguna familia humana por medio de voces sobrenaturales, y, sin embargo, la revelación es una metáfora de la cual no puede prescindir la historia religiosa. El paraíso eterno prometido al hombre no pasa de ser un bello sueño, y, no obstante, conviene obrar como si en realidad existiera; es menester que los que no creen en él aventajen en bondad, en abnegación a los que sí creen.

Hay costumbre de presentar esos grandes dogmas consoladores, Dios y la Inmortalidad, como postulados de la vida moral de la huma-

nidad, y, ciertamente, hay razón en muchos respectos. Obrar por Dios, obrar en presencia de Dios, son concepciones necesarias de la vida virtuosa. No pedimos un remunerador, pero queremos un testigo. La recompensa de los coraceros de Reichshofen en la eternidad, es la palabra del viejo emperador: «¡Oh, los valientes!» Nosotros quisiéramos una palabra de Dios como ésa. Los sacrificios ignorados, la virtud desconocida, los errores inevitables de la justicia humana, las calumnias irrefutables de la historia legitiman, o mejor, suscitan fatalmente un clamor de la conciencia oprimida por la fatalidad a la conciencia del universo. Es un derecho al cual el hombre virtuoso no renunciará nunca. En las situaciones heroicas de la Revolución, la necesidad de la inmortalidad del alma fué reclamada casi por todos los partidos. El cuidado por las memorias y por los papeles justificativos obedecía, en los hombres de aquel tiempo, al mismo principio. Escribían, escribían, persuadidos de que habría alguien que los leyera. Querían un juez más allá de la tumba, y lo pedían a la conciencia del mundo o a la conciencia de la humanidad. La humanidad vive así acorralada como en una

singular calle ciega: mientras más reflexiona, mejor comprende la necesidad moral de Dios y de la inmortalidad, y comprende mejor también las dificultades que se presentan contra los dogmas cuya necesidad afirma.

Esas dificultades son muy graves y no hay para qué disimularlas. Las antiguas ideas religiosas se fundaban sobre el concepto estrecho de un mundo creado millares de años ha y del cual la tierra y el hombre eran el centro. Una tierra pequeña, que sustentaba contado número de habitantes, un cielo en proporción que la cubría como una cúpula, una corte celestial a algunas leguas en el aire, toda llena de las ingenuidades de los hombres, islas de los bienaventurados, situadas al oeste, donde los muertos van en barca, o bien, un paraíso de papel, que deshará la más elemental reflexión científica, he ahí el mundo que un Dios de gran barba blanca envuelve fácilmente entre los pliegues de su capa. Cuando Nemrod lanzaba sus flechas contra el cielo, tornaban ensangrentadas; a nosotros nos gusta lanzarlas, pero no vuelven.

El ensanche de la idea del mundo y la demolición científica de la antigua hipótesis

antropocéntrica en el siglo XVI, son el momento capital de la historia del espíritu humano. Aristarco de Samos tuvo a este respecto las primeras iluminaciones, y pasó por un impío. La furia de la iglesia contra los fundadores del nuevo orden de cosas, Copérnico, Jordano Bruno, Galileo, fué también muy consecuente. El pequeño mundo en el cual la iglesia había reinado, con sus dogmas restringidos a la tierra, quedaba perdido para siempre. Los conceptos más modernos sobre las edades de la naturaleza y las revoluciones del globo, al abrir al hombre las perspectivas del infinito del tiempo hacia atrás, tuvieron el mismo resultado de una manera aun más demostrativa.

Ya no se podrán reconstruir los antiguos sueños. Si la ley del mundo fuera un fanatismo estrecho, si el error fuera la condición de la moralidad humana, no habría razón alguna para interesarse por un planeta consagrado a la ignorancia. Amamos la humanidad porque ella produce la ciencia; nos sometemos a la moral, porque sólo las razas honradas pueden ser razas científicas. Si se colocara la ignorancia como término necesario de la humanidad, no

hallaríamos ningún objeto para conservar su existencia. La humanidad que tanto desean nuestros reaccionarios sería tan insignificante que me gustaría verla perecer tanto por anarquía y falta de moralidad como por majadería. El regreso de la humanidad a sus antiguos errores, creídos indispensables para su moralidad, sería peor que su completa desmoralización.

Es menester, pues, tomar nuestro partido, y en nuestras ideas sobre el universo, evitar el ridículo de los provinciales que, no viendo nada más allá de su campanario, se imaginan que todo el mundo se preocupa por sus asuntos, que el rey no tiene otro cuidado que su aldea, que Dios mismo tiene su opinión sobre las rencillas que los dividen. La humanidad es en el mundo lo que un hormiguero en una floresta. Las revoluciones interiores de un hormiguero, su decadencia, su ruina, son cosas secundarias en la historia de una floresta. Que la humanidad zozobre por falta de luces o de virtud, que malogre su vocación, sus deberes, son hechos que han ocurrido mil veces en la historia del universo. Guardémonos, pues, de creer que nuestros postulados sean la medida

de la realidad. La naturaleza no está obligada a plegarse a nuestras míseras conveniencias. A esta declaración del hombre: «Yo no puedo ser virtuoso sin tal o cual quimera», el Eterno está en su derecho de responder: «Tanto peor para usted. Sus quimeras no podrían forzarme a cambiar el orden de la fatalidad».

Lo que hace aún más débiles los razonamientos *a priori* en este punto, es que, entre los postulados de la humanidad, hay algunos notoriamente imposibles. Es preciso observarlo bien, en efecto, el dios que postula la mayor parte de la humanidad no es el dios situado en el infinito, cuya existencia admitimos nosotros como posible. Este dios está demasiado distante para que la piedad lo ame. Lo que quiere el vulgo es un dios que no existe ciertamente, un dios que se preocupa por la lluvia y por el buen tiempo, por la guerra y por la paz, por las rivalidades de los hombres entre sí, a quien se puede hacer cambiar de opinión importunándolo. La humanidad, en otros términos, quisiera un dios para ella, un dios que se interese en sus querellas, un dios especial del planeta, administrándolo como buen gerente, como los dioses provinciales que soñó el

paganismo en decadencia. Cada nación va más lejos, y quisiera un dios para ella sola. Un ídolo la satisfaría más, y, si se dejaran expresar libremente los deseos de los hombres, reclamarían poderes para las reliquias nacionales, para las imágenes sagradas<sup>(1)</sup>. ¡Cuántos postulados que no se tomarán en cuenta! El hombre tiene necesidad de un dios que esté en comunicación con su planeta, su siglo, su país: ¿se sigue de ahí que ese dios exista? El hombre necesita de inmortalidad personal: ¿puede deducirse que esa inmortalidad exista? En otros términos, el hombre está desesperado de formar parte de un mundo infinito, en el cual sólo vale cero. Un paraíso compuesto de un decillón de seres no puede ser jamás ese paraíso familiar, donde uno es conocido de todos y continúa visitando a sus comadres y propalando chismes. Es necesario pedir a dios que achique el mundo, que no le dé la razón a Copérnico, que nos vuelva al *cosmos* del

---

(1) He aquí por qué la devoción del vulgo se dirige mucho más hacia los santos que hacia Dios. El deísmo puro no será jamás la religión del pueblo: en realidad, el deísta y el vulgo no adoran el mismo Dios. Hay allí un error con el cual ha podido cubrirse cierta filosofía en tiempo de guerra, pero del cual debiera tener algún escrúpulo en tiempo de paz. (N. de R.)

Campo-Santo de Pisa, rodeado de los nueve coros de ángeles y estrechado entre los brazos de Cristo.

De esta suerte, se llega al extraño resultado de que la inmortalidad es, *a priori*, el más necesario de los dogmas, y, *a posteriori*, el más débil. Como la hormiga o la abeja, trabajamos por instinto en obras comunes cuyo objeto ignoramos. Las abejas dejarían de trabajar si leyeran artículos en que se les informara que se les robará su miel y que serán exterminadas en recompensa de su labor. El hombre marcha siempre a pesar del *sic vos non vobis*. No vemos lo que hay encima de nosotros, ni lo que hay abajo; «hacemos la cadena», me decía un espíritu superior. Las voluntades divinas son oscuras. Somos uno de los millones de fellahs, que trabajaron en las pirámides. El resultado es la pirámide. La obra es anónima, pero dura; cada uno de los obreros vive en ella. Lo que no sería verdaderamente injusto, es lo que piden los obreros de las manufacturas, esto es, que fuésemos asociados a la obra del universo, con participación en las utilidades, que supiésemos al menos algo del objeto de nuestro trabajo. Ahora bien,

admitidos a la labor, no participamos de los dividendos, no sabemos si los hay, y aun se paga muy mal nuestro salario. Otros se declararían en huelga; vosotros, nosotros nos resignamos.

En resumen, la existencia de una conciencia superior del universo es mucho más probable que la inmortalidad individual. Sobre este último punto, no tenemos otro fundamento de nuestras esperanzas que la gran presunción de la bondad del ser supremo. Todo le será posible un día. Esperemos que para entonces querrá ser justo, y que él dará a los que contribuyeron al triunfo del bien el sentimiento y la vida. Será un milagro, pero el milagro, es decir, la intervención de un ser superior, que hoy no se efectúa, podrá ser un día, cuando Dios sea consciente, el régimen normal del universo. Los sueños judeo-cristianos, que colocan al fin de la humanidad el reino de Dios, conservan aún aquí su grandiosa verdad. El mundo, gobernado ahora por una conciencia ciega o impotente, podrá ser gobernado un día por una más reflexiva. Toda injusticia será reparada entonces, toda lágrima enjugada. *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.*

La ostra de perlas me parece la mejor imagen del universo y del grado de conciencia que es menester suponer en el conjunto. Oscuros gérmenes crean en el fondo del abismo una conciencia singularmente imperfecta por los órganos, prodigiosamente hábil, sin embargo, para alcanzar sus fines. Lo que se llama una enfermedad de ese pequeño *cosmos* viviente produce una secreción de una belleza ideal que los hombres se arrebatan a precio de oro. La vida general del universo es, como la de la ostra, vaga, oscura, excepcionalmente difícil, por consiguiente, lenta. El sufrimiento crea el espíritu, el movimiento intelectual y moral. Enfermedad del mundo, si se quiere, en realidad perla del mundo, el espíritu es el fin, la causa final, el último resultado, y, verdaderamente, el más brillante del universo que habitamos. Es muy probable, que si hay resultados posteriores, sean de un orden infinitamente más elevado.